

## LA MUERTE Y LA BRUJULA

Voy a intentar a través de un cuento de *Jorge Luis Borges*, abordar una instancia de la letra que tal vez ya en el título que le diera Borges se lee. El cuento se llama, “La muerte y la brújula”.

Qué es una brújula sino un instrumento usado a bordo para indicar el rumbo. Una brújula también sabemos, es una aguja imantada mantenida por un eje que siempre indica el norte. ¿Cuál será el norte que este cuento nos señala?

Dije que iba a hablar de una *instancia de la letra*, aquello que Lacan en *Lituraterre* nos refiriera de la letra. En ese escrito encontramos que la letra es *litoral entre saber y goce*. Decir litoral es en tanto separa el mar de la tierra pero no como simple frontera sino por el hecho, dirá Lacan, de que son extranjeros hasta no ser recíprocos.

Que la letra sea litoral entre saber y goce es en tanto dibuja el borde del agujero en el saber, señala eso que ya encontramos en la Carta Robada, como traducción que diera Baudelair al título del cuento de Edgar Allan Poe. La carta robada será “*lettre en suffrance*”, letra en suspenso, letra desviada.

Entonces será función de la letra en tanto comandada por el inconsciente bordear el agujero en el saber, y por colmar este agujero, leemos en Lacan, apela a invocar allí el goce, invoca un goce.

La letra supone una duplicidad: agujero- consistencia, dando cuenta de que la letra es “bífida”, puede tirarse a la basura de “*letter a litter*” o elevarse hasta no ser más que de litoral, literal.

Intentaré dar cuenta de la bifidez de la letra a través de un cuento, también invitándolos a leer un cuento.

“La muerte y la brújula” se trata del protagonista, el detective Erik Lonnrot, quien no logra impedir el último crimen aunque lo previó. Y de Scharlach el criminal que había jurado por su honor la muerte de Lonnrot.

De Lonnrot, Borges, nos dice *se creía un puro razonador*, un *Auguste Dupin* alude al investigador Dupin de Poe, retengamos esta referencia explícita.

El primer crimen ocurre en el *Hotel du Nord el 3 de diciembre*. A dicho lugar llega el Dr. Marcelo Yarmolinsky quien se encontraba en ese lugar para asistir a un congreso Talmúdico. Le dieron un dormitorio en dicho Hotel frente a la suite del Tetrarca de Galilea. Yarmolinsky ordenó sus libros en el placard y sus prendas y antes de media noche apagó la luz.

Al otro día lo llamó por teléfono el redactor de cierto diario y éste no respondió, lo hallaron en su pieza, levemente oscura su cara, casi desnudo, una puñalada le había partido el pecho. Unas horas más tarde llegarán a este cuarto el comisario Treviranus y Lonnrot quienes debaten el problema.

El comisario Treviranus va a decir “no habría que buscarle tres pies al gato”, seguramente todo se trató del intento de robarle los zafiros al Tetrarca de Galilea, puesto que se sabía que poseía los mejores zafiros del mundo. Alguien por error entra para robarlos y Yarmolinsky se debe haber levantado, el ladrón ha tenido que matarlo, concluye el comisario.

Para Lonnrot en la hipótesis de su compañero interviene copiosamente el azar, se trataba para Treviranus de un error. Y Lonnrot objetará que *frente a un rabino muerto la explicación tendría que ser puramente rabínica*.

El rabino muerto no era un desconocido había escrito unas cuantas obras sobre superstición judía.

En la máquina de escribir del rabino muerto unos agentes encuentran una hoja de papel con esta sentencia inconclusa, o al menos así es leída: “*La primera letra del nombre ha sido articulada*”

Lonnrot se llevará todos los libros del muerto y se distraerá en una erudición de dicha obra, hasta que el redactor de la Yidishe lo llamará para hablar del asesinato. Lonnot preferirá hablar de los diversos nombres de Dios, de ahí que el periodista declarará en tres columnas que el investigador Erik Lonnot se había dedicado a estudiar los nombres de Dios para dar con el nombre del asesino.

El segundo crimen ocurrió *la noche del 3 de enero*. En una pinturería encuentran el cuerpo de un hombre yacente con una puñalada en el pecho. En la pared había unas palabras en tiza. El muerto era Daniel Azevedo. A esa escena llegaron Lonnot y Treviranus a quienes les pareció adecuada la muerte para quien era el último representante de una generación de bandidos que manejaban el puñal. Las palabras escritas en tiza eran las siguientes: *“La segunda letra del nombre ha sido articulada”*.

El tercer crimen ocurrió *la noche del 3 de febrero*, un hombre llama al comisario Treviranus, con voz gutural dice llamarse Ginzberg o Ginsburg y que por una recompensa estaba dispuesto a comunicar los hechos de los asesinatos. La comunicación se cortó.

Sin rechazar la posibilidad de una broma Treviranus se dirige al lugar desde donde se había realizado la llamada. El patrón del hotel le dice que aquel que busca luego de hacer la llamada fue tomado por unos hombres y metido en un auto, no sin antes garabatear una sentencia previsible: *“La última de las letras del nombre ha sido articulada”*. Treviranus manda llamar a Lonnot y formula ¿y si la historia de esta noche fuera un simulacro?

Lonnrot sonrío y lee un papel que encuentra en la escena, se trataba de cierta filología hebraica:

“El día hebreo empieza al anochecer y dura hasta el siguiente anochecer”.

Faltando dos días para el cuarto asesinato Treviranus recibe un sobre sellado, una carta firmada por un tal Spinoza y un plano de la ciudad. La carta profetizaba que el *3 de marzo no habría un cuarto crimen*. Inmediatamente le envía la carta a Lonrot y el plano.

Lonrot los estudió: los tres lugares, el hotel del norte, la pinturería del oeste y el bar último al este eran los vértices de un triángulo equilátero y místico. Los tres lugares eran equidistantes, simetría en el tiempo: 3 de diciembre, 3 de enero, 3 de febrero. Simetría en el espacio. Con un compás y una brújula descifró el misterio:

TETRAGRAMATON palabra compuesta de cuatro letras, palabra que había adquirido recientemente. Se dirigió al sur de la ciudad. Llegó a la quinta de Triste Le Roy pensó que sólo un amanecer y un ocaso lo separaban de la hora anhelada por los buscadores del nombre. Lo detuvo un recuerdo asombrado y vertiginoso. Dos hombres se arrojaron sobre él, lo desarmaron y le agradecieron haberles ahorrado una noche y un día.

Era Red Scharlach. Lonrot le dice: -Scharlach, Ud. Busca el nombre secreto? - No, dijo Scharlach, *busco algo más efímero y deleznable, busco a Erik Lonrot*. Hace tres años ud arrestó y encarceló a mi hermano. Mis hombres me sacaron del tiroteo con una bala en el vientre. Agonicé. En esas noches juré por el dios que ve con *dos caras* que tejería un laberinto en torno al hombre que hizo eso. Lo he tejido y es firme.

Y nos devela el tejido: “el primer término de la serie me fue dado por el azar”. Resulta que Scharlach había tramado con otros, entre ellos Azevedo robar los zafiros. Azevedo nos traicionó, se emborrachó y confundió la pieza del Tetraca de Galilea con la de Yarmolinsky. Yarmolinsky se había puesto a escribir por insomnio sobre el nombre de dios. Había escrito las primeras palabras: “La primer letra del nombre ha sido articulada”. Al encontrarse con Azevedo se alarmó y este no pudo más que matarlo de una sola puñalada. Supe por los diarios que ud. conjeturaba que los Hasidim lo habían sacrificado, me dediqué a justificar esa conjetura. *Eso fue el 3 de diciembre*.

Para el segundo sacrificio el del *3 de enero* Azevedo era la pieza necesaria. El tercer crimen fue un mero simulacro. Ginzberg- Ginsburg soy yo. También le dirá que

es él quien envió la carta firmada por Spinoza y el plano afirmando que la serie sería de tres como un triángulo donde agregó signos para que Lonrot pensara que eran cuatro. Todo lo ha premeditado para atraer a Lonrot.

Ante esto Lonrot concluye: -en su laberinto sobran tres líneas. Le pide a Scharlach que cuando en otro avatar tenga que matarlo de nuevo, le dé cita en un laberinto de una sola línea y no de cuatro. Laberinto donde ocurrirá un primer crimen en A, un segundo crimen en B, a 8 kilómetros, un tercero en C, a 4 kilómetros de A y de B, a mitad de camino entre los dos. Luego le dice "Agúardeme en D a 2 kilómetros de A y de C, de nuevo a mitad de camino" para matarme. Antes de abrir fuego Scharlach le promete ese *otro laberinto que es de una sola línea recta y que es invisible, incesante*.

*Héctor Yankelevich* trabajará esos dos laberintos que aparecen en el cuento, nos dirá que nuestro mundo es la composición de esos dos laberintos, el hebreo, el de las cuatro letras impronunciables *Tetragrámaton*, nombre que se le da a las cuatro consonantes hebreas JHVH para el nombre propio de dios y el griego, el de Aquiles y la tortuga, el continuo, que marca la inaccesibilidad del Otro. Uno y otro rigen las vías de nuestros destinos.

Lonrot previó los crímenes pero no pudo impedirlos, decía. Es cuando se encuentra en el punto que la brújula señala con la muerte que concluye que lo que tal vez no tuvo en cuenta fue ese punto señalado por el laberinto griego: *la inaccesibilidad del Otro*. ¿Qué es esa inaccesibilidad del Otro sino otro modo de decir del *agujero en el saber*?

Les pedía que retengan la referencia que Borges nos da del protagonista, se creía un razonador, un Dupin. Brevemente, ¿quién era Dupin? Es un investigador que tiene como tarea impedir una guerra, puesto que la reina ha recibido una carta que la

compromete a ella y a su reino entero. Y la misma, la carta le ha sido robada y no sólo eso sino que sabe quién le robo. Será tarea de Dupin encontrar la solución. Y lo interesante es que la solución la encuentra por la vía *del acto del simulacro*. Es con un simulacro que recupera la carta del despacho del ministro. En el cuento “La muerte y la brújula”, Lonrot se cree Dupin pero yerra. Yerra por empobrecer la lógica, es el asesino, curiosamente, quien lleva las de ganar. Scharlach nos enseña que *es sólo con simulacro que se fabrican letras y que no las escribe quien las dibuja sino quien las lee*.

Lonrot hace de la letra, letra absoluta, autónoma de su lectura, es decir, hace del escrito que encuentra, clave, una clave sometida a única lectura, se cree el único interprete y descuida que toda carta no es sin sujeto, concibe la carta sin sujeto.

Si el significante materializa la instancia de la muerte hablar del crimen es en tanto el trabajo de escritura supone un crimen, donde la lectura es el acto de la letra.

Para Spinoza, el sujeto se realiza en su acto por la lectura que en el texto ya existía pero de otro modo, donde no se trata de revelación sino como dijera Lacan como *realización*, tal vez y es lo maravilloso de este cuento encontrar en el sujeto de la carta el nombre de Spinoza.

Decía al inicio que la instancia que me interesaba abordar es aquella que hace de la *letra litoral entre ese agujero en el saber*, eso que marca el laberinto griego como lo inaccesible, incompletud del Otro y el goce que invoca.

¿Cuál es el goce aquí en juego? Si hay un crimen es en tanto el asesino lo que mata es el goce razonante de Lonrot, recordemos su afán por dar con el nombre impronunciable. Busca el nombre de Dios en ese *losange*. Esa búsqueda de la verdad absoluta resulta aniquilante, lo deja como Edipo frente a la Esfinge.

Silvana Tagliaferro